

Si el PNV hubiese tenido la Lehendakaritzta, que no es el caso en esta legislatura, seguramente habría reaccionado con una contundencia similar a la que han exhibido los socialistas para responder al ataque que sufrió el Gobierno vasco en toda la línea de flotación. Un dardo más del PNV. Y es que, después de la descalificación dirigida por Iñigo Urkullu el pasado fin de semana contra el único Gobierno constitucionalista que ha tenido Euskadi desde la instauración de la democracia, lo lógico es que tanto la institución aludida como el partido que la sostiene acusen el golpe y manifiesten su indignación.

Por mucho que el líder del PNV se esforzara ayer en matizar que, al referirse al «Gobierno vasco de verdad», no había alusión alguna

TONIA ETXARRI

INDIGNACIÓN JUSTIFICADA



al ADN nacionalista ni a que los jeltkides son los únicos elegidos para garantizar un Gobierno 'pata negra', sus palabras pronunciadas en el mitin de la asamblea se interpretaron en ese sentido. Una interpretación lógica que desvelaba la preocupación de quienes recuerdan las sombras de la pasada legislatura en las que se proyectó el nacionalismo obligatorio, en forma de plan, y el debate identitario como las coordenadas constantes de la acción del último Ejecutivo que presidió el partido sabiniano.

Quienes creyeron que la pérdida de poder de Egibar en el Euskadi buru batzar iba a suponer un giro hacia la moderación del PNV se han dado con un canto en los dientes. Lo destacamos en esta columna el pasado lunes. Defender la eliminación de la Audiencia Nacional y entonar el 'que se vayan' de otros tiempos al referirse a los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, junto a la reivindicación de la independencia, ni se diferencia de lo que exige Egibar ni tampoco, como es lógico, de lo que reclaman los herederos de Batasuna.

Urkullu es un radical con muy buenas formas, lo que suele confundir muchas veces a los observadores que mezclan la buena educación con la moderación. Debe ser por el agravio comparativo con las actuaciones de algunos de sus predecesores en el cargo. Pero Urkullu, si carece de alguna característica tan común en sus mayores, es la del 'calentón mitinero'. El presidente de los jeltkides no es de arrebatos políticos. Sobreactúa en las apariciones públicas; cierto, pero no dice lo que no quiere decir. Por lo tanto, en su afán de seguir moviendo la silla de Ajuria Enea al lehendakari Patxi López dijo lo que está escrito. Tenemos un Gobierno vasco que no es de verdad. Porque la marca 'label' de autenticidad solo la puede lucir el PNV.

De ahí la indignación de los socialistas (Gobierno y partido), que recordaron la impronta de tiem-

pos no tan lejanos en los que otros, y no precisamente los constitucionalistas, apostaron por la división de los ciudadanos vascos. Otra cosa es que el Ejecutivo actual no haya impulsado los cambios que Euskadi necesita. Que no se ha enfrentado, con argumentos, al nacionalismo, como reprocha desde UPyD Gorka Maneiro. Que el cambio se haya quedado a medio camino. Que afectado, ahora, por la 'batasunitis' de la que habla su socio Antonio Basagoiti, incorpore a su agenda reivindicaciones que corresponden al mundo de la izquierda abertzale, cuyo programa único se ciñe a presionar al Gobierno de Rajoy para que se produzcan movimientos en favor de los presos. Pero si se trata de apostar por el liderazgo, un dirigente con las aspiraciones de Urkullu no puede hacer oposición al Gobierno a golpe de titulares.